



LA  
**CASA**  
DEL  
**MAMUT**

Carlos Garrido Chalén



LA  
**CASA**  
DEL  
**MAMUT**  
Carlos Garrido Chalén









LA  
**CASA**  
DEL  
**MAMUT**

**Carlos Garrido Chalén**



**CALÍOPE**



*A Betty, mi esposa,  
que me enseñó a conocer  
mucho más a Dios,  
desde su amor inacabable.*





Carlos Garrido Chalén:  
EL POETA DE LA TOTALIDAD

*Comentario sobre el poemario*

“Dios miraba desde arriba  
cómo llegaban  
a la tierra del Mamut  
creyendo que nadie los veía,  
los pájaros de la helada.

El proboscídeo, no lo sabía  
y muy a su manera,  
inquieto y revoltoso,  
como el más genuino agitador,  
dejaba sus huellas gordas  
en la inmensidad  
y preparaba las trochas

—borracho de abismo,  
como un tendero en el aguamil—  
a los nuevos eremitas y a la nada”.

*Cuando el mamut enamoraba a la esperanza*  
La casa del mamut

Para abundar en ese infinito que parece no poder ser descrito, en aquella nada de la cual nadie ha dicho una palabra e incluso sobre aquel Eterno sobre el cual se han escrito millones de libros religiosos y creíamos que ya no quedaba ningún verso que agregar, llega Carlos Garrido Chalén y nos llena de novedades proverbiales y como si hubiese viajado montado sobre su propia mente, a una velocidad cercana a los 333 años luz por cada segundo de espacio, lleno o vacío, esquivando a Júpiter y a Zeus, con una facilidad que solo el Gran Adonái podría haberle otorgado, nos describe con lujo de detalle esa Totalidad que nos era incomprensible.

Desde la primera hasta la última huella del Mamut, El Gran Tao, las ha contado, cada pelo del enorme ser ha sido cuidadosamente vigilado por el Ojo del Divino, y la criatura de largos colmillos, ha dejado marcados sus pasos sobre el césped de la inmensidad; y tras del gigantesco mamífero llegaron los nuevos adoradores y siguieron las huellas y mamaron de la tierra que les dio por herencia el Señor del Todo y de la Nada. La Totalidad, la habíamos visto como la suma de la duali-

dad, el conjunto de los opuestos, la luz y la sombra. Pensamos, en algún momento, que eso era todo, pero llegó Carlos Garrido Chalén y nos sumergió en otra realidad, con unos tonos que van desde la Siberia hasta la Patagonia y desde Alaska hasta La Caledonia y me quedo muy limitado, pues he leído en La Casa del Mamut, descripciones sobre la Totalidad, que quizá arrancan en el paraíso terrenal y vuelan en multicolores descripciones hasta Andrómeda.

Antes del Big Bang no cabía ningún desorden, ningún caos, justamente porque no había Nada. Sin embargo, esa nada ya es mucho, dice Carlos Garrido Chalén, y es tanto que hasta el día de hoy, el Universo se expande sobre él, sobre la nada y entonces la totalidad implica el espacio que está lleno, sumado al inmenso espacio que aún está vacío.

Desde esa nada, Dios creó a las esferas, las estrellas, los mundos, los ocupó creando las grandes bestias, plantas, insectos, animales, según su especie; y en la cúspide de su propia Obra, creó al hombre.

Los humanos hemos quebrado la imaginiería del Creador y nos hemos convertido en los más terribles depredadores del planeta, matamos todo lo que nos asusta, destruimos todo lo que sentimos superior. Dentro de esas bestias maravillosas, Carlos Garrido Chalén, descubre una a la cual los poetas no le han brindado atención alguna y construye, con pluma de oro, una poética impresionante y diferente a lo que el mismo nos tenía acostumbrados.

La genialidad del poeta curva el tiempo y utilizando, para sorprendernos, la figura extinta del Mammuthus, que vivió hace 4,8 millones de años, hace ver al humano destructor, que esta Tierra fue creada como una Casa para todos, que no es propiedad privada del Hommo Nescius ni sus ínfulas de depredador. Esta también es La Casa del Mamut.

Esta verdadera Obra Literaria trazada de esquina a esquina dentro de los parámetros, que los amantes de la Literatura de la Totalidad, creada y recreada por el poeta Carlos Garrido Chalén, recién empezamos a comprender, hace un llamado a la Consciencia del lector, para que se enamore una vez más del Planeta y aprenda a compartir.

En una conversación personal con el laureado poeta Carlos Garrido Chalén, le dije que hacía malabares con la Lengua Castellana. Después de leer con intensidad y profundidad, cada verso de La Casa del Mamut, he podido confirmar que, en verdad la facilidad del autor para jugar y conjugar, la versatilidad, la habilidad y el ingenio para hacer vivir al lector cada línea de sus versos, es insuperable.

No conozco de ningún escritor que antes de Garrido Chalén haya puesto la pistola de las letras directo a la sien de la consciencia humana como él lo ha hecho a través de este libro único en su género, llamando la atención sobre la destrucción de la tierra y la extinción a la que está expuesto el hombre, sino cambia su actitud contra la naturaleza.

La Casa del Mamut, es en su género, el aporte más importante de este siglo, al idioma y a la literatura mun-

dial, concebida por poeta y escritor de todos los tiempos, reflejando el alto nivel y la razón que justifica que su autor goce de reconocimiento de la crítica mundial. Es además una valla muy alta, tanto para el mismo escritor como para los poetas y escritores de los cinco Continentes, que los académicos de la Real Academia de la Lengua Española, sabrán en su oportunidad valorar.

*Lucio R. Ramírez González*





LA  
**CASA**  
DEL  
**MAMUT**

eivo  
EDITORIAL



## CUANDO EL MAMUT ENAMORABA A LA ESPERANZA

Hace 4,8 millones de años,  
desde el Plioceno,  
cuando aún en el atascadero  
no tocaba su cítara  
el chubasco  
la morada de la Humanidad,  
hermoseada por el Creador,  
para dar vida  
a los manglares,  
fue Casa del Mamut  
que hacía retumbar la brizna con sus pasos  
(en la Isla Santa Bárbara y Cerdeña  
y la de Wrangel, al norte de Siberia,  
en donde gemía de placer  
la madrugada).

Con su cara de cometa  
y de guirnalda,

caporal del cañizal,  
se nutría de los árboles en el Círculo Polar,  
cuando la bruma cubría  
su nómina de semental  
y la obscuridad copaba desde su desaire  
la quebrada.

Andaba en manadas  
encabezadas por una matriarca déspota  
a la que amaba,  
más que por su prepotencia, por su sombra  
y al final de su propio túnel,  
chapucero en su barraca,  
le abría su compuerta  
al impudor de los apriscos  
y era apóstata y pervertido  
el tanteador  
que, sin idioma oficial,  
en el tumulto,  
le ponía sobrenombre  
a la montaña.

La estepa se expuso

sin resguardo  
en el fondeadero del cuchitril  
y el enigma de todos los embustes  
se coronó como diadema  
en la tonsura.

El Mamut, primo amansado de la corazonada,  
apareado en la floresta  
con la magnificencia de todos los guarismos,  
sintió, sin inmutarse,  
desde la madriguera singular  
de los epítetos,  
que la tundra encapotada de abismos  
y abolengos,  
era su buhardilla final  
y su abadía,  
su casa pintada por el musgo  
en la escollera;  
y antes de la última glaciación  
cuando escondía su gravidez  
la greña,  
entre bisontes y alces,  
amancebó, sin abdicar,



su cuatreroismo de abigeo,  
de rey de la desolación más brutal  
en los cuarteles de la apostura,  
clamando en los espejos.

La Tierra,  
era el alcázar del Mamut,  
el claustro del espigón y del jolgorio  
y no había en su cielo  
gaviotas y calandrias,  
que ofrecieran sus cantos de sumisión  
para el instante de la galantería,  
pero el incienso que adornaba el aire  
que servicial se agazapaba en la garúa  
hacía de nuestra Casa  
un lugar  
para el pincel y la quimera,  
la acuarela, el garbo y la apostura.

Los depredadores  
ya fomentaban con su cacería excesiva  
los grandes desbalances  
que hacían gamitar

las cataratas  
y eran domingueras las huellas  
del estigma  
que en la estafeta de su correo imaginario  
jugaba a ser destino.

Pero todos respetaban,  
incluso otros mamíferos,  
los suelos y los cielos  
que acariciaban sin enfado  
hasta el augurio;  
y bajo el auspicio del presagio  
creció el aluvión, la inundación,  
la riada y la crecida.  
Apolíneo,  
arúspice,  
extravagante,  
acólito en el berenjenal,  
amancebado en el dolor de la anarquía,  
el Mamut,  
huraño y vaporoso,  
hijo de la victoria sobre el caos,  
fue entonces

consejero del frío y del viento duro  
y la Casa de la Humanidad,  
la abadía de todos los fogones,  
pudo entender el tremendo  
de su estampida,  
el contorno de su cercenamiento.  
(Aún no había hamacas de lona y piola  
para colgarla  
como cama de la marinería,  
pero en los cuadernos de bitácora  
del peñasco,  
en el cantón del juncal  
y el desbarajuste  
navegaban como corsarios  
los dueños del arrecife,  
los aduaneros del cabo,  
los diques de la angostura.)  
El agua —que flirteaba con el Cielo—  
era magma de cráter  
en la llovizna,  
harina de otro costal  
en las compuertas del frío  
y en su deleite,

sin toneleros ni faunos  
danzando en sus reductos y cubículos,  
se enamoraron gozosos  
la madrugada y el río,  
se enviciaron de sonidos  
la ciénaga y el barranco  
y llenó de estupor  
la rosa de la mampara  
que de tanto amar la vida  
apostó por el olvido.

El Mamut entonces,  
cuadrúpedo en su guarida,  
cortejó al glaciar y al viento  
y festejó a la luna.  
Y también como edecán,  
del edén y el paraíso,  
ebrio de noche y cumbre  
le rindió culto al solsticio  
e hizo el amor  
con el frío;  
y el equino, vil y artero  
tejemaneje del meandro

resumió en sus espaldas la envergadura  
del siglo.

Pero era otra  
la Casa de la querencia  
y otro el sentimiento.  
Otro también  
el chaparrón que caía en la peladera,  
la pieza o chapa que bajaba  
la escobén  
de las noches más inciertas.

En la mega fauna,  
el Mamut luchaba contra la extinción  
y en su corazón  
—en el muelle de su anchura  
y sobresalto—  
rumiaba la latitud  
y como un intruso,  
con agujijón y púa,  
la esperanza.

En el *Mammuthus trogontherii*